

UN APORTE PASTORAL PARA LAS LECTURAS DEL DOMINGO VI SEMANA

15 de Febrero de 2009

“Después que fue reducida a silencio la lengua de serpiente de los demonios, y curada de la fiebre la mujer primeramente seducida, fue curado en tercer lugar de la lepra de su error el hombre, que por las palabras de su mujer se dejó llevar al mal, a fin de que existiese el mismo orden en la restauración del Señor y en la caída de los dos primeros seres formados de barro. “Vino también a Él, continúa, un leproso a pedirle favor” (Beda)

Lectura del libro del Levítico 13, 1-2. 45-46

El Señor dijo a Moisés y a Aarón:

«Cuando aparezca en la piel de una persona una hinchazón, una erupción o una mancha lustrosa, que hacen previsible un caso de lepra, la persona será llevada al sacerdote Aarón o a uno de sus hijos, los sacerdotes.

La persona afectada de lepra llevará la ropa desgarrada y los cabellos sueltos; se cubrirá hasta la boca e irá gritando: “¡Impuro, impuro!”

Será impuro mientras dure su afección. Por ser impuro vivirá apartado y su morada estará fuera del campamento».

Palabra de Dios.

El Legislador Yahvista codifica unas normas religiosas y sociales acerca de la lepra:

La “lepra”, impureza legal: Los antiguos calificaban como ‘lepra’ diversas afecciones cutáneas. Y en el pueblo de la Alianza constituían ‘impureza’. Impedían, por tanto, el culto ritual y la asistencia al Templo (Lv 12, 4)

La persona que tuviera lepra esa separada o excluida de la comunidad, signo de pecado, impureza ritual o mejor signo del pecado.

SALMO Sal 31, 1-2. 5. 11 (R.: cf. 7)

R. Señor, tú eres mi refugio y me colmas con la alegría de la salvación.

¡Feliz el que ha sido absuelto de su pecado
y liberado de su culpa!
¡Feliz el hombre a quien el Señor
no le tiene en cuenta las culpas,
y en cuyo espíritu no hay doblez! R.

Yo reconocí mi pecado,
no te escondí mi culpa,
pensando: «Confesaré mis culpas al Señor».
¡Y tú perdonaste mi culpa y mi pecado! R.

Alegraos en el Señor, regocijaos, los justos.
¡Cantad jubilosos, los rectos de corazón! R.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los cristianos de Corinto 10, 31-11, 1

Hermanos:

Sea que comáis, sea que bebáis o cualquier cosa que hagáis, hacedlo todo para la gloria de Dios.

No seáis motivo de escándalo ni para los judíos ni para los paganos, ni tampoco para la Iglesia de Dios.

Haced como yo, que me esfuerzo por complacer a todos en todas las cosas, no buscando mi interés personal, sino el del mayor número, para que puedan salvarse.

Seguid mi ejemplo, así como yo sigo el ejemplo de Cristo.

Palabra de Dios.

San Pablo cierra el largo estudio que dedicó al problema de las carnes inmoladas a los ídolos y luego presentadas a la mesa (cc. 8-10), con unas normas breves y prácticas:

La primera y suprema norma es que en todo busquen la gloria de Dios. Ser cristiano, es empezar a ser en su vida una persona que positivamente debe orientarlo todo a gloria de Dios: ‘Y todo cuanto hagáis, de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias por Él a Dios Padre’ (Col 3, 17).

En la libertad de los hijos de Dios, puede haber ciertas cosas que es mejor guardar por prudencia, pero también puede haber quienes se escandalicen por su conciencia deformada o débil. El caso era frecuente entre los primeros convertidos. Especialmente los recién convertidos del judaísmo que no acababan de superar las leyes del Antiguo Testamento.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos 1, 40-45

En aquel tiempo:

Se acercó a Jesús un leproso para pedirle ayuda y, cayendo de rodillas, le dijo: «Si quieres, puedes purificarme». Jesús, conmovido, extendió la mano y lo tocó, diciendo: «Lo quiero, queda purificado». Enseguida la lepra desapareció y quedó purificado. Jesús lo despidió, advirtiéndole severamente: «No se lo digas a nadie, pero ve a presentarte al sacerdote y entrega por tu purificación la ofrenda que ordenó Moisés, para que les sirva de testimonio».

Sin embargo, apenas se fue, empezó a contarle a todo el mundo, divulgando lo sucedido, de tal manera que Jesús ya no podía entrar públicamente en ninguna ciudad, sino que debía quedarse afuera, en lugares despoblados. Y acudían a él de todas partes.

Palabra del Señor.

Una pinceladas...

El célebre pintor Holman Hunt acompañaba una vez por su estudio a unos visitantes, que se detuvieron ante su famoso lienzo: «Luz del mundo» (nuestro Señor con una linterna en la mano, llamando a una puerta.)

-Sin duda, ha olvidado usted algo aquí -dijo uno de los visitantes -. No hay picaporte en la puerta.

-No es un error - replicó el artista -. Esta puerta representa el corazón humano, que se abre solamente por dentro. Nuestro Señor está fuera y espera que le digamos: «Entrad.» nunca forzaré la entrada, nos toca a nosotros invitarle o no, conforme queramos.

Algunos católicos lo tienen fuera, esperando de una pascua a otra. «He aquí que estoy a la puerta y llamo. Si alguno escuchare mi voz y me abriere la puerta, entraré y cenaré con él, y él conmigo» (Apoc 3, 20).

Santo Tomás de Aquino, príncipe de los teólogos, estaba postrado en su lecho de muerte. Su hermana pensó: «Antes de que Tomás muera, quiero preguntarle algo.» Y le dijo:

- Tomás, ¿qué es lo principal para alcanzar la santidad?

Contestóle el santo:

- Lo principal es tener grandes deseos de alcanzarla.

El Aporte pastoral de la Lectio Divina

- 1. Presentación

Los tres Sinópticos nos narran esta curación como signo de la misión Mesiánica de Jesús:

Dado que todos en la lepra veían un símbolo y castigo del pecado, al curar Jesús a los leprosos nos orienta a comprender su misión Redentora. Él ha venido a redimirnos y limpiarnos de la lepra del pecado.

- 2. Contexto

Este milagro es uno de los más famosos obrados por Jesús en esta evangelización de la Galilea. Era la lepra mal terrible, que solía atribuirse a especial castigo de Dios (Num. 12, 10, sigs.; 2 Reg. 3, 29, etc.); por esto brilla en su realización una particular prueba de la misericordia y del poder de Jesús. Lo refieren los tres sinópticos, siendo más completas y concordes las narraciones de Marcos y Lucas. San Mateo, siguiendo su plan, más sistemático que cronológico, sitúa este milagro después del sermón de la Montaña y lo narra inmediatamente antes de la curación del siervo del centurión. Léese el fragmento de Mt. (8, 1-13), en que ambos milagros se refieren, en la Dominica 3ª después de la Epifanía. La analogía y casi identidad entre las narraciones de los

sinópticos hace suponer que sería este milagro uno de los que más detalladamente y con mayor frecuencia se propondría en la predicación apostólica.

El concepto de *impureza* en la religión judía era mucho más amplio que el nuestro: era impuro todo lo relacionado con la muerte, la actividad sexual (incluso en los casos en los que no se consideraba pecado), las enfermedades de la piel y algunos animales (el cerdo, las serpientes...).

Las personas que contraían impureza no podían participar en las celebraciones religiosas, a excepción de los ritos que servían para recobrar la pureza, pues eran consideradas *repugnantes* para Dios.

Algunas de las cosas impuras se consideraban así, originariamente, por razones de higiene (por ejemplo, el cerdo se empezó a considerar un animal impuro porque transmitía con frecuencia una enfermedad, la triquinosis, que provocaba la muerte; como no sabían explicar estas muertes, se concluyó que el cerdo era un animal repugnante a Dios, *impuro*; la muerte se interpretaba como el castigo de Dios por haber comido un animal que él consideraba repugnante).

En el caso de la lepra, nombre que se daba a todas las enfermedades de la piel, debió de influir, además de su aspecto repulsivo, en el miedo al contagio); en otros casos, el origen estaba en lo misterioso o inexplicable para el hombre primitivo de ciertos fenómenos (la transmisión de la vida, por ejemplo); al final se acabó dando a todo un sentido religioso.

En tiempos de Jesús, este punto de vista religioso y ritual se había impuesto a todos los demás, llegando a la más ridícula exageración: no sólo era impuro el que padecía una enfermedad en la piel, sino todo aquel que entraba en contacto con él de cualquier manera (incluso el que tocaba a un leproso para curarle las heridas, y según algunos, se contraía impureza sólo con pasar bajo la misma sombra, por ejemplo, la sombra de un árbol, que en ese momento estuviera cobijando a un leproso). Por supuesto, eran considerados impuros todos los pecadores y todos los paganos.

- 3. *Profundización*

Como colofón de este recorrido por el Israel institucional aparece la figura de un leproso que se acerca a Jesús. El leproso es el caso extremo y el prototipo de la marginación religiosa y social impuesta por la Ley (Lv 13,45s). Por su condición de impuro, y según lo que se enseña en la sinagoga, este hombre cree estar excluido del acceso al reino de Dios.

La figura del leproso pone en evidencia el daño social que hacían las prescripciones discriminatorias de la ley de lo puro y lo impuro y es exponente de la dureza y falta de amor en que formaba el sistema judío a sus adictos, marginando sin piedad a quienes necesitarían ayuda. La experiencia de Jesús al terminar su labor en Galilea es que una parte de Israel, de la que el leproso representa el caso extremo, está marginada por motivos religiosos, y se le niega la posibilidad de salvación.

El leproso estaba obligado a mantenerse a distancia de los sanos; al acercarse a Jesús, está violando la Ley, pero su angustia lo hace arriesgarse; *de rodillas*, temiendo un castigo por su atrevimiento; *si quieres, puedes*, se dice de Dios en Sab 12,18. El leproso ve en Jesús un poder divino.

La reacción de Jesús no es la que teme el leproso: al ver la miserable situación de aquel hombre, Jesús *se conmueve*; este verbo se usaba en el judaísmo solamente de Dios; en el NT, sólo de Jesús: el amor entrañable de Dios por los hombres se manifiesta en Jesús. El no reconoce marginación alguna; la establecida por la Ley no corresponde a lo que Dios es y quiere: el reinado de Dios no excluye a nadie de la salvación. Violando la Ley (Lv 5,3; Nm 5,2), Jesús toca al leproso y éste queda limpio de la lepra.

El leproso esperaba que Jesús restableciese su relación con Dios, que por sí solo - pensaba él- no podía alcanzar. Creía que al estar marginado por la institución religiosa también Dios lo rechazaba. De ahí su insistencia en ser purificado (limpiado). Su idea de Dios es la de los maestros oficiales: la de un Dios que no ama ni acepta a todos los hombres, sino solamente a los que cumplen ciertas condiciones de pureza física o ritual.

Por eso no le basta estar curado; tiene que convencerse de que ninguna marginación procede de Dios; la Ley que la prescribe es cosa humana. Debe independizarse de la institución religiosa, convenciéndose de que su modo de actuar no expresa lo que Dios es; si no lo hace, estará siempre a su arbitrio y podrá ser marginado de nuevo.

Por haberse creído marginado por Dios, Jesús *le regaña*; para hacerlo cambiar de mentalidad (*sacarlo fuera*) le hace ver las severas y costosas condiciones que le impone la institución para admitirlo. Tiene que comparar al Dios amoroso que se manifiesta en Jesús con el Dios duro y exigente que propone la institución. Los ritos impuestos por Moisés (no por Dios; cf. Lv 14,1-32) demuestran la dureza de aquel pueblo (*como prueba contra ellos*, cf. Dt 31,26).

Cuando el marginado se convence (*al salir*), su alegría es grande y difunde la noticia. Jesús ha tomado postura pública contra la marginación religiosa y contra la Ley que la prescribe. En consecuencia, queda marginado; no puede entrar abiertamente en los lugares donde hay sinagoga (*ciudades/pueblos*), pero aumenta el número de marginados que acuden a él. Se abre así el Reino a todos los excluidos como impuros por la Ley y la institución judía

Ocurrió en lugar desconocido, pero ciertamente en una ciudad de la Galilea: Y aconteció que, estando en una de aquellas ciudades... No les estaba absolutamente prohibido a los leprosos entrar en las ciudades, si no es que se tratara de las fortificadas con murallas, que los rabinos consideraban más santas que las demás. Particularmente podían presentarse en la sinagoga, con tal que ocuparán el lugar que les estaba destinado. El infeliz enfermo presentaba el cuerpo invadido por el terrible y hediondo mal: Vino a él un leproso lleno de lepra. La miseria de su estado le tiene abatido, pero alienta la esperanza de que le curará el poderoso taumaturgo. Empieza, al presentarse ante Jesús, rogándole le quite el mal afrentoso; para dar más eficacia a su oración dobla sus rodillas ante el Señor; y como si no fuera ello bastante, porque es profunda la miseria y ardiente el deseo de sanar, se inclina profundamente -como hemos visto hacerlo a los orientales en sus plegarias- hasta pegar rodillas y frente en el suelo: E hincándose de rodillas, rostro en tierra.

En esta humildísima actitud, profiere una plegaria bellísima, aunque breve, llena de respeto y fe en la omnipotencia de Jesús: Le dijo: Señor, si quieres puedes limpiarme; un acto de la voluntad del Señor es capaz de aniquilar el mal terrible, contra el que nada podían años de medicación.

La humilde plegaria llega a las entrañas de Jesús, que se sienten conmovidas ante la miseria física que tiene delante y la belleza de un alma que de tal manera sabe orar. La compasión del Corazón de Jesús se traduce en un gesto, grave y lleno de suavidad: Y Jesús, compadecido de él, alargó la mano hasta ponerla sobre el cuerpo repugnante. Al gesto sigue una palabra de imperio: Y, tocándole, dijo: Quiero, queda limpio. La palabra del Señor responde a la fórmula de la oración del leproso; lejos de contraer la impureza legal que contraían los que tocaban a los poseídos de lepra, Jesús libra de ella al enfermo. En verdad que es el Señor de la ley y de la naturaleza.

El mandato de Jesús es ejecutivo; nada se le resiste; al decir «quiero», simultáneamente se obraba el milagro: Y habiéndolo dicho, en el momento desapareció de él la lepra y quedó limpio.

A) v. 40. -Señor, si quieres, puedes limpiarme... - La oración del leproso es perfecta, dice el Crisóstomo: tiene las dos condiciones, fe profunda y confesión humilde de la necesidad. La fe la manifiesta el leproso en la adoración de Jesús; la confesión, en la súplica oral. Pero se trataba de un bien material, como es la salud del cuerpo; por ello dice, «si quieres», dejando a su voluntad la curación. Son las dos condiciones de nuestra plegaria, cuando se trata de pedirle a Dios bienes terrenos: «Señor, sois Todopoderoso; mi miseria es profunda; pero ignoro en estos momentos si me conviene salir de ella: si os place, socorredme.»

- 4. *Aporte pastoral*

Se ha dicho que él fue el gran amigo de los hombres. Nuestro tiempo posee un vivo sentido social y caritativo. Así, se ha querido ver en él al gran bienhechor de los hombres, que vio el dolor humano y, movido de la más profunda compasión, vino para socorrerlo.

Pero esto es un error. Jesús no es la gran naturaleza social y caritativa, de corazón amplio y con fuerza elemental de socorro, que va tras el dolor humano, lo compadece, lo entiende y lo supera. El hombre social y caritativo quiere reducir al dolor y, si es posible, eliminarlo. Quiere hacer que vivan sobre la tierra hombres alegres, sanos de cuerpo y alma. No tenemos más que ver esto con claridad para comprender que Jesús no quiere ser eso. No le repugna, pero él no piensa en nada semejante. Mira al dolor muy a fondo. Para él está demasiado asentado en las raíces últimas de la existencia; demasiado ligado al pecado y al alejamiento de Dios. Para él está demasiado orientado hacia Dios su lado abierto, por lo menos lo que puede estar abierto; consecuencia de la culpa, pero juntamente camino de la purificación y conversión.

Más nos acercamos a la realidad si decimos que Cristo ha dejado pasar a sí el dolor de los hombres. No lo ha eludido, como constantemente hace el hombre. No lo ha pasado por alto. No se ha defendido contra él. Ha dejado que se le acercara, lo ha admitido en su corazón. En el dolor ha admitido a los hombres tal como ellos son, en su verdadero estado. Se ha instalado en la tribulación de los hombres, en su culpa y en su miseria.

Esto es algo absolutamente grande. Un amor de la más profunda seriedad. Sin linaje de ilusión, pero por eso justamente de poderosa fuerza, porque es un obrar la verdad en la caridad, desatando, arrancando de cuajo.

Pero una vez más tenemos que distinguir: Jesús hizo eso no como quien comporta la fatalidad del universal existir, como oscura tragedia, sino para emprenderlo desde Dios. Aquí radica lo peculiar.

El curar de Jesús es un orar desde Dios. Es revelar a Dios y conducir a Dios.

El curar está siempre en él en contexto con la fe. En Nazaret no puede hacer milagros porque no creen... Sus discípulos no pueden curar al joven enfermo porque son hombres de poca fe... Cuando le presentan al paralítico parece como si de pronto Jesús no advirtiera la enfermedad del paciente. Mira a su fe y le promete el perdón... Al padre del joven poseso le pregunta: «¿Crees que puedo hacer algo por ti?»... Al ciego le dice: «Tu fe te ha curado...». El centurión oye el gozoso elogio: «Verdaderamente no he hallado fe pareja en Israel».

El curar pertenece a la fe, como pertenece a la fe la predicación. También en el curar revela, sólo que obrando. Ahí realiza la realidad del Dios vivo. Y el verdadero sentido de sus curaciones es que los hombres se percaten de la realidad del Dios vivo